

Un Viaje de IDA y VUELTA

- 1.- Vicente**
- 2.- Valentín**
- 3.- Carlitos**
- 4.- Daniel**

Emilio MARÍN TORTOSA
Cuatro relatos cortos

III.- “CARLOS”

Carlitos, ha tomado el tren tras una noche de insomnio y una última tentativa de Miguel por apearle de aquella, a su parecer, absurda decisión. Durante el camino que ha hecho a pie desde el pueblo hasta la más cercana estación de tren, ha ido despidiéndose de todo aquello que había representado algo en su vida hasta entonces. El cree de verdad que ya nunca regresará al pueblo, que el camino que ahora emprende es un camino sin retorno.

A la salida del pueblo ha bebido agua en la fuente donde tantas veces ha abrevado a su borrico cuando bajaba del monte. El lavadero público, y la cruz de piedra, que marcan el límite de la población, son como sombras fantasmas que en la oscuridad amenazan con devorar su débil decisión de huir. Es un pueblo pequeño, casi una aldea, pero a la hora de la despedida a Carlitos le parece que tiene toda la simbología de todo su mundo. O tal vez es que el ansiado adiós se le está haciendo mucho más pesado y doloroso de lo que pudo imaginar.

Esta vez ha bajado al pueblo a pie, de madrugada. Ha entrado en su casa sin ser advertido, ha cogido alguna de las pocas cosas personales que tenía allí, y tal como entró, como un ladrón, sale buscando las afueras del pueblo sin despedirse de nadie, y sin que nadie de los que allí dormían lo advirtiesen ni conocieran sus intenciones. Era mejor así. Cuando Miguel diese noticia de su desaparición, en el caso de que su familia –su abuela y un tío soltero, que eran toda su familia– sintiera inquietud por ello, ya otras veces él había hecho escapadas a algún poblado cercano y siempre había vuelto, él se encontraría camuflado en el anonimato que ofrece la ciudad.



Las afueras de los pueblos, por donde discurre el tren, son la parte más fea y sórdida de cualquier población. Paredes descarnadas, muros medio caídos, corrales llenos de estiércol y toda clase de objetos abandonados. Carlitos consideró que aquel era el mejor horizonte para contemplar desde su estado de ánimo. La despedida le está costando más de lo pensaba. Siente que en aquellos tenderetes de ropa, colgados junto a camisas y pantalones, van quedando jirones de lo que él ha sido hasta que ha materializado su proyecto de huida. Durante todo el recorrido no ha visto el luminoso blanco de una sábana meciéndose a la suave brisa de aquella mañana. ¿Será aquello una premonición? Tal vez Miguel, en sus augurios, tuviera algo de razón, y él sin saberlo va a correr un serio peligro en la aventura que ahora comienza. ¿Qué sabía él de la vida fuera de los lindes de su pueblo? ¡Nada! Miguel sí sabía de la vida. Según él le había contado muchas veces, había participado en una guerra, había vivido la emigración pasando las privaciones que conlleva la vida de un emigrante sin más capital que la fuerza de sus brazos y una voluntad de hierro para salir de aquella situación. Había peleado, allá en el lejano oeste, contra los indígenas, se hizo con un trozo de tierra que cultivó hasta deslomarse, y por un azar tuvo que socorrer a un hombre en peligro salvándole la vida. Aquel hombre desconocido resultó ser dueño de una rica mina de

plata, u oro, que él compartió y que le permitió volver a su patria con los bolsillos llenos de dinero. El entendía que algunas de las cosas que le había contado Miguel eran fruto de la fantasía o de sus ganas de presumir ante él, pero lo que sí estaba claro es que Miguel, ese pastor de aspecto mísero del que él había sido ayudante, corrió mucho mundo, y había llegado a aquel pueblo rico. ¡Miguel sí sabía de la vida! Ahora que estaba subido a aquel tren camino de lo desconocido, le asaltan las dudas. Tal vez sea mejor volver en el próximo tren, subir de nuevo al monte y, como le decía Miguel, heredar el ganado, las tierras, y la casa. El pitido del tren, anunciando su entrada en la estación, le saca de aquella triste meditación.

Carlos, dentro del tren, se ve atropellado y arrastrado por un montón de maletas y bultos que pugnan por andar el pasillo en busca de la salida. Una vez en el andén tiene que seguir la inercia del tropel de gente que le empuja hacia delante. En el vestíbulo se ve aliviado de los empujones y consigue estabilizarse sobre sus inseguros pies. Está desorientado ante tanta prisa como ve pasar a su lado. Ahora se encuentra entre dos corrientes, la gente que sale de la estación con prisa, y la que entra en ella con más prisa si cabe. Y la grandeza del vestíbulo que le hace sentirse diminuto, no ayuda a tranquilizarle. De pronto siente que una mano se posa en su hombro.

.- ¡Oye! ¡No te quedes ahí quieto como pasmado! ¡No ves que estás estorbando!

El que así le habla es un hombre vestido de azul con una gorra de plato roja. Ante aquella demanda, Carlos sale de su asombro y camina rápido hacia la salida.

En la calle le recibe un fuerte golpe de sol, que le obliga a cerrar los ojos, cegado por el brillo del implacable sol del mediodía. Otra vez está allí parado, paralizado por la realidad que le ha salido al paso. El tránsito de gente, todos con prisa, el tráfico de coches y carruajes por la calle, la altura de los edificios que le observan desde el otro lado de la calle como si él fuese un extraño ser de otro mundo que llega a una ciudad equivocada. En realidad él sí que viene de otro mundo. El monte donde él se ha criado nada tiene que ver con el que ahora está, y del que apenas conoce más allá de los relatos de la gente de su pueblo que aseguraba haber estado en la ciudad, ni el balido de las cabras se parece en nada al barullo de ruidos que ahora le están mareando. ¡Que pequeño se siente ahora!

De pronto nota su frente sudorosa y sus manos húmedas, no sabe si por el calor, o por el miedo. Busca refugio en la cantina de la Estación, donde un refresco parece sacarle de aquel estado de ofuscación en que se encuentra. ¿Qué hacer ahora? No es que él no lo llevase todo programado, en el bolsillo lleva escrita en un papel la dirección de una pensión que le ha recomendado Miguel para cuando llegase a la ciudad, y a donde debería dirigirse, y también un sobre con dinero que también le había dado Miguel, según él: “A cuenta de la herencia.” Pero es que allí todo le parece tan distinto de cómo lo había imaginado en sus sueños de aventura. Tiene que sobreponerse a aquel miedo y seguir adelante.

Sale a la calle en busca de información sobre el camino a seguir para llegar a la pensión. No tarda en encontrar a quien le da cumplida explicación de por dónde debe ir para encontrar aquella calle. El camarero, a quien ha preguntado, también le obsequia con un consejo:

.-“¡Chico, ándate con mucho cuidado! ¡La ciudad es peligrosa!”

Carlos no ha entendido del todo el mensaje del camarero. ¿Por qué era peligroso? ¿Acaso Miguel le había enviado a un lugar donde podía correr peligro tal vez su vida? A lo mejor era que quería que el viese de cerca lo que la ciudad podía guardar para un joven de pueblo como él, y así tener razón en sus consejos. Tal vez, aquel camarero, solo quería asustar un poco a un pueblerino. Fuese como fuese, él no puede

detenerse ahora. Buscará la calle, y entrará en la pensión a ver qué pasaba. ¡Ahora no puede volver atrás!

Carlos sale de la Estación y se dispone a cruzar la calle. El sonido estridente de la campana de un tranvía le advierte que cruzar la calle sin mirar antes puede ser peligroso. Retrocede. Otro peligro, el del tráfico, del cual Miguel no le había prevenido. Por fin puede atravesar la calle y se interna en una plaza llena de gente y de surtidores. El pueblerino no puede concentrarse y va de sorpresa en sorpresa. Los edificios que cuartejan la plaza parecen castillos con su altura, sus torreones, y sus fachadas de piedra. El enorme surtidor que hay en el centro le parece algo de otro mundo. Si sigue entreteniéndose en todo lo que le sorprende, nunca llegará a su destino.

Ahora tiene que abandonar la plaza por una de sus calles laterales. Según le había indicado el camarero, la segunda a la derecha, aquel era el camino más corto y más seguro para llegar a su destino. En aquella calle, Carlos ve varios teatros y lujosos restaurantes, tiendas de ropa que él no sabía que existía. Al final de aquella calle, cruza una avenida con un bosque de árboles en el centro, y coge una calle estrecha que le llevará directamente a la pensión. Al fin encuentra la calle que busca. No difiere mucho de aquellas que ha atravesado hasta llegar allí, si bien allí se respira más tranquilidad.



Parece un buen lugar, de no ser así Miguel no se lo hubiese recomendado.

Encuentra la casa, pero la pensión resulta ser un hotel. “Hotel El Porvenir”. Carlos contempla la casa que va a ser su nuevo hogar, no sabe hasta cuando. Se trata de una casa antigua de dos pisos y buhardilla. La puerta es un gran portalón de madera y al lado otra puerta cristalera, donde figuran pintadas una jarra de cerveza y un plato de humeante comida, y encima tiene el rotulo que anuncia un

bar. La casa es, más que vieja, antigua, como todas las que ha visto en aquella calle, aunque parece mejor conservada que el resto, tal vez sea por el negocio que alberga en sus bajos. El joven se arregla un poco la ropa, se atusa el pelo, debe causar buena impresión a los dueños de la pensión, y enfrenta la puerta con decisión.

Al entrar se encuentra con un zaguán de la misma anchura del portalón de entrada que se adentra en la negrura hasta el primer peldaño de una escalera. A la derecha hay una puerta cerrada, y a la izquierda una abierta que comunica con el bajo donde está el bar. Desde allí se puede ver parte del mostrador. En el hueco de esa puerta abierta, sentada en un sillón, hay una mujer. Carlos se queda un momento indeciso sin saber si preguntar a aquella mujer, o llamar a la puerta cerrada.

.- Joven, ¿busca algo?

La mujer sentada en el sillón le pregunta. El, en vez de responder, pregunta a su vez:

.- ¿Es usted la dueña del hotel?

.- ¡Para lo que guste mandar! Soy Manuela la dueña del Hotel El Porvenir.

Carlos, saca la carta que le había entregado Miguel, y sin ningún comentario se la entrega a Manuela.

La mujer recoge en sus manos la carta, y mira a Carlos como dudando de qué hacer con ella. Se vuelve hacia el centro del bar, y grita:

- ¡Genaro! ¡Ven aquí!

A la llamada acude un hombre con mandil blanco, que muy solícito pregunta a la mujer qué quiere de él. La mujer le entrega la carta que le ha dado Carlos, y le dice que la lea. Genaro abre el sobre y saca un papel. Primero lo lee para sí, y conforme va leyendo su cara va reflejando, primero sorpresa, y luego alegría.

- ¡Manuela! ¡Es carta de Miguel!

Manuela arrebató la carta a Genaro, y lee. La expresión de su rostro revela la alegría que le produce la misiva. Carlos sin saber su contenido, deduce que aquella gente conocía mucho a Miguel. La mujer mira a Carlos y le dice que en aquella carta Miguel le recomendaba a ellos, y les pedía que cuidasen de él como si de un hijo se tratase.

- Tienes que saber que los deseos de Miguel son los nuestros. Aquí estarás como en tu propia casa.

Según le dicen, tienen todas las habitaciones ocupadas por clientes fijos, y no pueden echar a nadie para colocarle a él, pero harían un arreglo hasta que pudieran alojarle en una habitación para él solo. En el desván tienen alojado a un estudiante. Le van a proponer, que a cambio de rebajarle el pago a la mitad, instalarían una cama para él allí. Y así Carlos queda instalado.

Allí conoce Carlos a Pedro, el estudiante que iba a ser su compañero durante bastante tiempo. El desván resultó lo suficientemente grande, después de sacar de allí algunos trastos inservibles, para alojar a los dos jóvenes sin que ello provocase un conflicto por falta de espacio. Comería con los dueños como uno más de la familia. Carlos solicitó saber la cuantía de aquellos servicios, pues él no disponía de mucho dinero, y si su estancia se prolongaba sin encontrar un trabajo, sería un problema para ambos. Manuela ríe y le dice que él, como parte de su familia que ahora es, no tenía que pagar nada, y se podía quedar todo el tiempo que quisiera, pues esa era desde ahora, su casa.

Acostado en su nueva cama, Carlos está contento. Después de la comida, era obligada la siesta, y él seguiría muy a gusto aquella costumbre desde el primer día. Ya ha conocido a su compañero de habitación. Cree que va a llevarse bien con él. Lo poco que han hablado, se le ha revelado como un joven alegre y sin ningún tipo de problemas. Era de una ciudad lejos de allí, y que estaba cursando una carrera que en su tierra no se podía estudiar, sus padres le proveían de dinero suficiente como para no ser una preocupación, y como no tenía ninguna prisa por terminar los estudios y volver a su casa, vivía sin preocuparse por el futuro. Al menos era lo que, en una conversación rápida mientras comían, le había dado a entender. No era este el caso de Carlos, él sí necesita encontrar enseguida un trabajo, pues ese era el motivo de su presencia en la ciudad. Tendrá que empezar la búsqueda al día siguiente. La buena disposición de los dueños de la pensión, suponía un gran alivio para él. Aunque no quería vivir a expensas de nadie, siempre era bueno encontrar quien te librase de pagar la manutención, al menos hasta que encuentre un trabajo. Así se lo propondrá a Manuela y Genaro. Luego, si puede, les irá resarcido del gasto que les iba a ocasionar.

¿Qué ascendencia tenía Miguel sobre los dueños del hotel para que en cuanto leyeron la carta se pusieran a su disposición? Esta pregunta se la hacía Carlos en la soñolencia de la siesta. Nunca le había hablado de algún pariente que tuviese en la ciudad, ni en ningún sitio, siempre dio a entender que estaba solo en la vida. La realidad

es que sabía bien poco sobre la vida familiar de Miguel. Le contaba mil y una historias sobre la guerra en la que había participado, su vida en la emigración y muchas fantasías más, pero de donde procedía, ni de su familia, nada de nada. En ese terreno, el hombre, con el que había compartido años en el monte, era un perfecto desconocido, y ahora, con la actitud de sus huéspedes, mucho más. Cuando tenga un poco más de confianza en aquella casa, tendrá que interrogar a Genaro sobre aquello.

Lo cierto era que gracias a la recomendación de Miguel, las circunstancias de su escapada a la ciudad habían cambiado completamente. No era un emigrante que llegaba a una tierra extraña lleno de miedo e incertidumbres, ahora se había encontrado con una casa y una familia que podía considerar como su hogar, un hogar que él nunca había tenido más allá del corral donde convivía con Miguel y las cabras. Pero en aquella nueva circunstancia, debería tener mucho cuidado para que no cambiase también el objetivo de la misma. El saldría a la mañana siguiente en busca de un trabajo, y a aquella decisión nada se opondría.



Carlos se levanta temprano decidido a comenzar la búsqueda de trabajo. Se viste con lo mejor que ha traído en su menguado equipaje. Debe causar buena impresión. Al bajar, ya le está esperando Manuela con el desayuno puesto en la mesa de la cocina. Le había oído trajinar, y se había apresurado a colocarle un tazón humeante de leche y unas tostadas. La buena mujer le dice que lo primero era alimentarse bien antes de pensar en cualquier actividad, el día era largo y había que comenzar bien. Carlos iba a decirle que ya estaba preparado para salir a buscar un empleo, pero la mujer, adivinando su intención, no le deja. Le dice que lo primero que harán, una vez termine de servir los desayunos en el bar, será salir a comprar algo de ropa para él, así como las cosas que pudiera necesitar para su aseo. Ellos no tenían hijos y por lo tanto desconocía lo que pudiera necesitar un joven como él. El iba a protestar, pero todo fue inútil, la mujer había urdido aquel plan y nada iba a hacerle cambiar de opinión.

Cuando termina el desayuno, Carlos se ve arrastrado por Manuela hasta el bar. Según ella tenía que presentarles a sus clientes. De paso le ayudaría con el trasiego de tazas de café con leche y tostadas del mostrador a las mesas, y de las mesas al mostrador. En aquel negocio, cada día le estaba costando mayor esfuerzo la tarea por hacer, y unos brazos jóvenes y fuertes siempre vendrían bien. Viéndola moverse entre las mesas y en la barra, nadie daría por buena aquella aseveración de la mujer: se veía ágil y lozana, y capaz por sí sola de hacer toda la tarea. Parecía que aquel trajín de atender a los clientes, tanto en la barra como entre las mesas, le gustaba. Carlos, torpe en aquel menester, apenas puede seguir el ritmo de la mujer. Genaro, detrás del

mostrador, veía aquella escena y sonreía. Su mujer era un demonio. Seguro que ya tenía hecho un plan para el joven recién llegado, y si ella ponía empeño, el muchacho estaba perdido. Al poco, también Carlos pudo haberse dado cuenta de las intenciones de Manuela. Le dijo que mientras ella entraba en la casa a cambiarse de ropa para ir de compras, él se quedase allí en el bar y ayudase a Genaro a servir las mesas. El pobre es algo torpe, y no me fío mucho de dejarle solo al frente del negocio. Y con aquella aseveración le deja solo al cuidado de las mesas. Genaro ríe divertido ante aquella nueva situación. Decididamente, Manolita era un demonio.

- ¡Vamos Carlitos! Vamos a la tienda antes de que se llene de clientes.

Manolita conduce a un conformado Carlos, sabe que aquella batalla la tiene perdida y no le cabe más que esperar una mejor ocasión para zafarse de las garras de su patrona. Andan hacia el centro de la ciudad, llegan a una de esas calles llenas de escaparates y se detienen a las puertas de uno de los comercios.

- ¡Ya hemos llegado! ¡Entremos!

Entran. Aquella era una tienda de ropa y telas. Es grande, con un mostrador en cada uno de sus lados, uno más pequeño al fondo, y estanterías llenas de telas detrás de cada uno de ellos.

- ¡Buenos días Manolita! Cuanto bueno por mi humilde tienda.

Era don Ezequiel, el dueño de la tienda y buen amigo de Manolita.

- Que amable es usted Ezequiel. Aquí le traigo a mi sobrino Carlos, ha llegado hace poco del pueblo, y necesito equiparlo para la ciudad. Ya sabe: ropa joven, a la moda, pero sin pasarse. Quiero que esté elegante. Además, pongamos unos mandiles, unos pantalones negros, y camisas blancas. Quiero que luzca bien en el hotel. Va a ser un importante refuerzo para nosotros.

- ¡Déjelo de mi cuenta! Vamos muchacho. A ver qué se puede hacer contigo.

Don Ezequiel y Carlos desaparecen por el fondo del local detrás del mostrador pequeño. Allí está el taller de sastrería. Manolita está mirando las últimas telas llegadas a la tienda, cuando un carraspeo le hace volverse. Allí ve a un joven elegante vestido a la moda. Era Carlitos, su Carlitos.

- ¡Muchacho! ¡Que guapo estás!

La exclamación le sale a la mujer del alma. Y lo que tiene ante ella no era para menos. Carlos está vestido con un traje impecable que resalta sus buenas hechuras. Parecía un modelo de los que venían retratados en las revistas. Un galán de cine.

- Ezequiel, ha hecho un buen trabajo, como siempre, por eso me gusta ser su clienta.

- Mi clienta favorita, ya lo sabe usted.

- ¿Y a ti qué te parece, Carlitos? ¿No dices nada?

Lo cierto es que el muchacho se ha quedado sin palabras. Ha visto su imagen en un espejo, y casi no se reconoce. Aquello sí que era un cambio.

- Uno de los muchachos le está preparando el resto del pedido. Lo que sí quiero decir, es que es una lástima que este chico se dedique a trabajar en el hotel, yo creo que estaría mejor aquí en mi casa. El puesto de dependiente siempre estará a su disposición.

- ¡No me lo tiene usted, Ezequiel! Está recién llegado a la ciudad, y necesita un tiempo para adaptarse a su nueva vida. Además, yo no quiero perderlo de vista. Con los jóvenes hoy en día, hay que andarse con mucho ojo.

- No obstante, muchacho, cuando quieras, aquí tienes tu casa.

- ¡Muchas gracias, señor!

- ¡Bueno! ¡Bueno! Vamos antes de que este embaucador te convenza.

- Que pase usted buen día, Manolita. Y ya sabe, siempre a su disposición.

.- Igualmente, Ezequiel. Vamos Carlitos.

Y Manolita y Carlos salen a la calle cargados de paquetes. La mujer va muy contenta, el muchacho no tanto.



Carlos ya se maneja bien entre las mesas del bar atendiendo a los clientes. Apenas lleva una semana en el empleo y ya conoce a la mayoría de los clientes, y al verles entrar ya pide el servicio a Genaro, que atiende la barra. Coloca sobre el mármol de las mesas, cafés, café con leche, infusión de yerbas, y hasta chocolate con porras. Las absentas y el coñac, junto a copas de Anís del Mono, eran ocupantes asiduos del blanco mármol. Al medio día también servía comidas. Parece ser que el empleo de camarero estaba hecho para él. Pero a Carlos no le engañaba aquella buena impresión, él había llegado a la ciudad en busca de algo más que la rutina diaria de aquel bar, y la constante presencia de Miguel en todo, y por tanto de su pueblo y la vida en el monte, pero las circunstancias, y lo bien que se encontraba en aquella casa, le retenían la voluntad de volar más lejos.

Un día a la semana libraba por las tardes, concretamente los jueves. Esa tarde junto a su compañero de habitación, el estudiante Pedro, que por cierto parece que libraba todas las tardes pues las pasaba con él en el bar, solían ir al cine, o a pasear por los lugares que solían hacerlo las jóvenes, que también libraban aquella tarde de sus respectivos trabajos como criadas o modistillas, en busca de algún ligue ocasional que les permitiera algún arrumaco. Y no eran pocas las veces que lo conseguían, ya que los jóvenes eran bien parecidos, terminando la tarde en la oscuridad de un cine de sesión continua.

Una tarde, Pedro propuso cambiar de planes. Esta tarde vamos de putas, dijo sin más. Carlos no entendió muy bien lo que su compañero le proponía, y éste, viendo el desconcierto en su cara, le pregunta si es que no había estado nunca en un burdel. A lo que contesta que en su pueblo no había de aquello, ni él contaba con la suficiente edad para entrar en aquellos sitios. Lo más seguro es que no les dejasen entrar, y él no podía arriesgarse a tener un conflicto con la policía. Eso no debe preocuparte, yo conozco muy bien a la dueña de una casa, y nos dejarán entrar sin más. ¡Ah! Y por el pago no te preocupes. Hoy te invito yo. Y así quedó cerrado el trato.

Luego de retirar el servicio de la comida, Carlos se asea y se viste con su mejor ropa, la que le había comprado Manuela que le daba el aspecto de un señorito, y se dispone a seguir a su amigo Pedro en aquella nueva aventura. Por la calle, el experto le explica al novicio la liturgia que requería aquella incursión por el Barrio Chino. Primero se sentarán en la terraza de un bar. En una calle muy concurrida, desde donde podrán

observar a las mujeres que pasen, y mientras alegraban la vista iría subiendo su lívido y entrarían en ganas. Al poco de estar sentados frente a sendas tazas de cafés, parece que en el asiento de Carlos comienzan a crecer espinas. Agujas que se clavan en sus posaderas y le hacen removerse inquieto en el asiento.

.- No seas impaciente. Todavía deben de estar cerradas las casas. Por otra parte, allí no se termina nunca la mercancía.

Pero Carlos no estaba por escuchar aquellas sensatas palabras. El sentía en la entrepierna todas las impaciencias del mundo. Nada parecido a lo que sentía allá en el monte y que conseguía aplacar él mismo. Aquello era más grave y urgente. La sangre le hervía, las manos le sudaban, y sentía por sus piernas un hormigueo que hacía imposible el que se mantuviera quieto en su asiento. Y cuantas más mujeres pasaban, luciendo un sonoro y rítmico taconeo, más calentaba el volcán que sentía en todo el cuerpo. ¡Vamos! ¡Vamos!

.- ¡Está bien! ¡Vamos!

De vuelta a la pensión, Carlos marcha en silencio, ajeno a todo, como viviendo en otra galaxia. Su amigo comprende la situación, aquella había sido su primera vez, pero no contaba con que le diera tan fuerte. Más de una vez tiene que detenerle cuando ya se lanzaba a mitad de una calle como un borracho sin mirar que venía un tranvía.

La vida de Carlos da un vuelco, desde su experiencia en el prostíbulo, y camina, si alguien no lo remedia, hacia una situación insostenible en la casa de Manuela y Genaro. Primero es él, Genaro, quien le da un toque de atención en una conversación “de hombre a hombre”, en la que le dice que se debe ser prudente en el tema de las mujeres, pues caer en el exceso puede conducir a olvidar algunas de las obligaciones que un hombre siempre debe atender por encima de todo. Y es que en el hotel y en el bar, ya se notaba las constantes ausencias del muchacho por las tardes en horas que su presencia era necesaria. Cada vez esas ausencias se prolongaban más de la cuenta hasta que un día no llegó a dormir a su cama, ni él, ni su compañero Pedro.

Esa fue la gota que colmó la paciencia de Manuela. La mujer, muy acongojada, le dice al muchacho que, de seguir en aquella actitud que últimamente estaba teniendo, desatendiendo el negocio del bar, se verían obligados a contratar a alguien como camarero, y él tendría que buscarse una ocupación que le permitiera un horario más acorde con sus actuales actividades.

.- Piénsalo bien. Pedro puede hacer lo que quiera, ¡Allá él! Pero tú estás bajo nuestra responsabilidad, y es nuestra obligación cuidar de que obres correctamente.

Carlos por la noche, tendido en la cama, rumia las palabras de Manuela, a las de Genaro ni había prestado atención, pero las de la mujer ya eran más serias y directas y a las que no podía dejar de prestar atención. Tampoco Pedro, en esto, le era de mucha ayuda pues su único comentario era: ¡Va! ¡No hagas caso! Pero él sí tenía que hacer caso, era mucho lo que debía a aquellas dos personas para quedar mal y que ello llegara a oídos de Miguel. ¡Y no sabe qué hacer!

Carlos, a la mañana siguiente, habla con Manuela y le expone la solución que él propone para rebajar la tensión que están viviendo en la pensión. Se siente culpable de ello y cree, que si alguien tiene que salir perjudicado ese debe de ser él. No quiere perder la protección que tanto Genaro como ella le han dispensado, por lo que les estará siempre agradecido y en deuda, y como no sabe si podrá poner remedio a su comportamiento, quiere alejarse, por un tiempo, de aquella casa. No desea que Miguel, su benefactor, tenga noticias de su desagradable comportamiento hacia quienes han hecho tanto por él, y perder así su amistad. Encontrará un empleo que le permita vivir de manera independiente, y conseguirá resarcirles, con su buen comportamiento, de los

sinsabores que les había hecho pasar en estos últimos tiempos. Manuela dice que de acuerdo, que ella misma le ayudará a buscar un empleo.

Carlos está en su nuevo trabajo. Tal y como predijo el dueño el día en que visitó la tienda por primera vez, él reunía muy buenas cualidades para aquel trabajo: su presencia física era impecable, su tono de voz suave y agradable, tal y como gustaba a sus clientes, sumado a su natural desparpajo y desenvoltura, le hacían ideal para el puesto de vendedor. Después de su incorporación a la tienda, se pudo comprobar que aquello era cierto, pues en un corto espacio de tiempo se convirtió en el dependiente preferido por sus clientas. Su mostrador siempre estaba solicitado, y los estantes detrás de él eran los que con más rapidez se despejaban de piezas de tela. Él estaba contento con aquella nueva situación en su vida. Disponía de dinero propio y de tiempo para dedicarse a sus aficiones favoritas.

Manuela seguía con interés la evolución del muchacho en su nueva vida a través de las noticias que el dueño de la tienda le hacía llegar hasta la pensión. También procuraba enterarse de su vida nocturna, a la cual era muy aficionado el chaval, aunque esto era bastante más difícil, pues carecía de contactos en aquel mundo, no obstante, por medio de su amigo Pedro, sabía que seguía en las mismas, pero ahora de manera más tranquila, como si tuviera planeado el ir abandonando poco a poco aquella malsana costumbre de visitar los prostíbulos. Y la mujer se sentía contenta por ello.

El rumbo de la vida de Carlos iba a cambiar, si no de manera voluntaria, sí arrastrado por las circunstancias. Una noche, en una de sus juergas, se vio metido en una pelea. Se llevó varios golpes, y hasta un navajazo que terminó con él en el Hospital a donde le llevó la policía.



Cuando entra en su habitación encuentra a Manuela sentada en su cama. El muchacho queda parado en la puerta, era la primera vez que la mujer entraba en su habitación para otra cosa que no fuese para la limpieza, por eso ahora no puede imaginar a qué puede obedecer su presencia allí.

- Pasa Carlos, no te quedes en la puerta.

La mujer parece seria, como si el motivo de su presencia allí fuese algo importante.

- ¿Ocurre algo Manuela?

- Pasa y siéntate aquí a mi lado. Quiero hablar contigo.

El muchacho obedece, está desconcertado, no sabe qué quería decirle Manuela para tener que hacerlo en su habitación. Están los dos sentados sobre la cama. Uno al lado del otro. Hay un momento de silencio que ambos lo viven de forma distinta. Manuela parece concentrada pensando en qué decir. Carlos está incómodo, inquieto. La mujer rompe el silencio:

- Carlos, hoy he hablado con el dueño de la tienda donde tú trabajas. He ido allí porque él me ha llamado. Quería tratar conmigo sobre tu trabajo.

La mujer vuelve a guardar silencio, tal vez esperando la reacción del muchacho. Él, en su desconcierto, no sabe a qué motivo obedece el que su patrón llamase a Manuela para hablar sobre su trabajo en vez de hacerlo con él directamente.

- Él está muy contento con tu trabajo como dependiente, pero entiende que estás desaprovechando una buena oportunidad por tu vida nocturna. La Empresa quiere que

trabajos en un puesto donde puedas aprovechar mejor tus cualidades, pero lejos de esta ciudad para que cambies tu conducta. Él te aprecia, pero la situación no se puede prolongar más.

Otro silencio, y mayor desconcierto para el muchacho. Las palabras de Manuela le preocupan, pero no entiende porqué Manuela ejerce de intermediaria. Tenía que haber algo más. ¿Pero qué?

.- Don Faustino quiere que marches a trabajar a Barcelona. Es un puesto de máxima responsabilidad, pues se trata de abastecer a la tienda de las mejores y más modernas telas que haya en el mercado. Es una suerte que haya pensado en ti para ocupar ese puesto.

.- Pero, ¿por qué no lo ha hablado conmigo?

.- Bueno él quería saber si yo ponía algún inconveniente, ya que el nuevo cargo te obliga a vivir en aquella capital, y por lo tanto lejos de nosotros.

.- Y usted, ¿qué ha dicho?

.- Yo quiero lo mejor para ti. Va a ser muy duro para Genaro y para mí el que te alejes de nosotros, pero no podemos ser egoístas y no darte esa oportunidad única. Por eso le dije que estaba de acuerdo con sus deseos.

Vuelve el silencio. Carlos tiene la impresión, la mala impresión, de que hay algo en todo aquello que se le escapa, y no le gusta. Pero dejar todo esto y marchar a una ciudad desconocida para hacer un trabajo que desconozco, no sé si será lo mejor. Además, dice la mujer, según Don Ezequiel, la idea se la ha dado Don Aquilino que es un hombre muy importante, y al parecer un cliente de mucha influencia en la tienda. Al oír aquel nombre, Carlos no entiende a qué viene su intervención. Don Aquilino, según había oído, era un conocido Inspector de Policía. ¿Tendría algo que ver con su pelea aquella noche en el bar?

Manuela trata de suavizar la impresión que aquella noticia ha tenido en el muchacho, había comprendido las consecuencias de todo aquello, y da la impresión de que le está superando.

.- Mira: no te preocupes por tener que alejarte de aquí. Allí estarás muy bien. En cuanto a lo del trabajo no te preocupes, Don Claudio, que es quien deja el puesto libre por jubilación, estará allí acompañándote hasta que te hagas con las riendas del negocio.

.- ¿Y cuando tengo que marchar?

La mujer se levanta de la cama, y pasea por la habitación frotando sus manos en un gesto de preocupación.

.- ¡Hoy mismo!

.- ¿Hoy mismo?

.- ¡Sí! ¡Hoy mismo!

Estaba decidido. Mañana, Carlos dará comienzo a un nuevo éxodo.

Carlos va en el tren rumbo a su nuevo destino envuelto en sensaciones desalentadoras. Estaba claro que aquello era un plan para alejarle de allí. Su nuevo destino en la lejana ciudad, a la que ahora le llevaba el tren, suponía una ausencia larga. Cuando Manuela le dijo de manera tan rotunda que su marcha tendría que ser ese mismo día, algo como un terrible mazazo en la cabeza le conmocionó hasta atontarle. No comprendía aquellas prisas, ni el porqué Manuela sacaba la maleta del armario y comenzaba a poner en ella sus cosas. Le estaba preparando el equipaje ella misma, como si él ya no contase ni para aquella tarea tan personal. Estaba desahuciado por todos. En su ofuscación no pudo ver las lágrimas que la mujer dejaba caer sobre cada

prenda que colocaba dentro de la maleta. Aquel adiós también iba a ser doloroso para ella.

Se repite aquel episodio de su vida: Una huida. Si bien la primera vez huía rumbo a la esperanza, hacia una vida mejor, en aquella ocasión no había lugar para ningún tipo de esperanza. En el horizonte que se vislumbraba por la ventanilla del departamento que ahora ocupaba en aquel tren, no había sol, todo era gris, toda la oscuridad que ahora reinaba en su espíritu era el telón de fondo de aquella historia. ¿Era acaso ese su destino? ¿Acaso por su origen triste no tenía derecho a la felicidad? Tal vez había aspirado a mucho poniendo sus esperanzas en la ciudad. Y ahora viajaba rumbo a la soledad. Hasta en aquel departamento, aquella especie de cárcel, se encontraba solo, no había nadie en quien volcar la tristeza que le embargaba.

El tren proseguía su camino ajeno a las tribulaciones de su ocupante. Los paisajes se sucedían rápidamente, pasando del verde de las huertas al gris terroso de los secanos. ¿Pero a él qué le importaban aquellos cambios? En su retina estaba instalado el más desolador paisaje: negro, negro, negro,... De vez en cuando el pitido del tren le sacaba del sopor y botaba de su asiento temiendo que la próxima parada era la de su destino. Un destino concertado de antemano, y que en otras circunstancias se podía considerar como un destino estupendo. Ahí era nada: jefe de compras de aquella importante tienda. Seguramente sus ingresos superarían en mucho a cualquier cantidad imaginada por él, pero aquellos detalles no tenían ninguna importancia, qué suponía lo que ganaba comparado con lo que perdía al hacer aquel viaje.

El dueño de la tienda, aquella mañana cuando acudió para recibir las últimas órdenes, lo dejó bien claro, por si todavía le quedaba alguna duda:

.- No debes regresar a esta ciudad si yo personalmente no te lo ordeno. Tu sitio está en tu puesto de trabajo. Por aquí no quiero volverte a ver. No me gusta que mis trabajadores se metan en peleas con navajas. Y da gracias a Manolita, si no...

Así de claro. Le habían exiliado. Un exilio bien pagado, eso sí. No podía suponer su jefe el dolor que aquellas órdenes le producían, y eso que él ya iba preparado por Manuela. Mientras que le preparaba el equipaje, la mujer le había dicho que aquello estaba ocurriendo por su mala cabeza. Había sido acogido en su casa como a un hijo, y había traicionado la confianza y el cariño que habían depositado en él. Nada de aquello debía de conocer Miguel, su protector, por si algún día pensaba en volver al pueblo. Y ahora en la tienda, donde tan bien le estaban tratando, había faltado a sus obligaciones metiéndose en peleas de tugurio. No había sabido calibrar las consecuencias de sus actos, y ahora se veía abocado a pagar con creces sus faltas.

.- Genaro y yo, con todo nuestro dolor, te pedimos que no vuelvas a esta casa. A nuestra edad necesitamos tranquilidad para llevar nuestro negocio, y estando tú aquí, eso no lo tenemos.

Miguel. ¿Qué pensaría Miguel si supiese todo lo ocurrido desde que llegó a la pensión de Manuela? El tenía razón al decirle que era una equivocación su marcha a la ciudad. Cuando un hombre que había corrido tanto



mundo, y que se afincaba en un pueblo perdido en la montaña lejos de todo, debía de tener motivos muy poderosos para ello. Debía de haberle hecho caso, haberse quedado junto a él, y heredar todo cuanto él tenía, pero no lo hizo, y ahora al parecer tenía que pagar por aquel acto de desobediencia, o de soberbia, al pensar que él, como joven, tenía razón en sus ansias por abandonar el pueblo y marchar a la ciudad en busca de una vida mejor. Quería conocer otra forma de vivir mejor, ¿Había algo de malo en ello? Seguramente no. Seguramente los dos tenían razones para mantener su actitud frente a su decisión de alejarse de la vida en el campo, solo, que a él, las cosas le habían salido mal.

El tren silba con más fuerza e insistencia anunciando su entrada en la estación. Esta vez Carlos, consciente de que aquello era el final del viaje, no se levanta del asiento en un impulso de miedo. La certeza de que había llegado a su destino le mantiene clavado en el asiento. Lo que le sujeta ahora también es miedo, pero un miedo diferente. Un miedo que ahora no le concede tiempo para reflexionar, ahora tiene que apearse del tren y buscar la dirección de la oficina del comprador. Tiene que repetir el vía crucis que ya recorrió en su escapada del pueblo cuando llegó a la estación de la ciudad de la que ahora se ha visto expulsado. Un andén lleno de gente, un camarero a quien preguntar por una dirección, (Ahora no le advierten sobre el peligro de ir a aquel barrio) un deambular por unas calles desconocidas, y una llegada a la meta.

La casa que le indica la dirección que tiene en la tarjeta que le ha entregado su jefe, sí está en una calle llena de escaparates, restaurantes y casas con apariencia noble. Allí no se advierte olor a humedad y orines viejos, allí huele a limpio. Ahora que le hubiera venido bien un poco de aquel olor a pueblo, a sus orígenes, que le devolviese un poco de ilusión por lo que tenía que venir. La gran puerta de madera estaba abierta. Entra en un patio con mármoles y columnas adornadas con relieves y dorados. Era cierto que si la oficina estaba en un edificio como aquel, tenía que ser de una importancia que él no había podido ni imaginar. Tal vez el cargo que estaba a punto de alcanzar fuese un premio a su buen hacer y no un castigo a sus andanzas nocturnas.

A la izquierda del patio, una puerta de cristal se abre y un hombre de uniforme se dirige a él.

- ¿Puedo servirle en algo señor?

Al oír como le llama señor, Carlos se desorienta creyendo que el demandado era otra persona.

- ¿Busca a alguien?

Ahora ve claro que se dirigen a él. Entonces le enseña, al hombre uniformado, la tarjeta que lleva en la mano. El hombre la toma y lee lo que en ella pone.

- Lo siento señor, pero aunque la dirección es correcta, aquí no existe ninguna oficina con ese nombre. De hecho aquí solo hay casas particulares. Lo siento.

Carlos teme no haber oído bien. En la tarjeta está bien clara la dirección y el nombre de la oficina.

- Tal vez esté equivocado el número de la casa. Aunque de cualquier manera yo nunca he oído el nombre de esa oficina. Puede usted preguntar en las demás casas por si acaso.

- ¡Gracias!

Carlos sale a la calle con un mal regusto en la boca. Todo vuelve a la oscuridad inicial. Sus temores regresan. ¿Qué estaba ocurriendo? Aquello podía significar un nuevo aviso para que desapareciera definitivamente de su vida anterior. El enviarle a ninguna parte, era lo mismo que hacerle invisible. No obstante, y sin ningún tipo de esperanza, sigue el consejo que le ha dado el hombre de uniforme: preguntará en otras casas de aquella calle. Patea la acera de un lado y otro de la calle preguntando en todas

las casas con el mismo resultado de la primera, nadie sabía nada de aquella oficina, ni conocían a nadie con el nombre que aparece en la tarjeta como el agente a quien venía a sustituir. Preguntaba por un fantasma. Como último recurso acude a un guardia urbano. El hombre mira la tarjeta, sonrío, y le dice:

- Creo señor que le han querido gastar una broma. En esta calle no hay oficinas de ninguna clase, esta es una calle residencial.

Carlos siente que se le seca la boca. Un escalofrío le recorre la espalda, y nota sus manos heladas. Aquello no se trataba de una broma. Aquello era una trampa. Claramente había sido borrado de la pensión de Manuela y Genaro, y de la tienda. De una vida a la que él acudió pensando que iba a ser mejor, y en la cual había tenido los mejores momentos que recordaba hasta el día de hoy, y que ahora de manera tan radical había sido apartado. ¿Qué le quedaba ahora? ¡Nada! Sus pasos, de manera inconsciente, vuelven sobre sus pisadas y le encaminan hacia la estación del tren. El regreso a su pueblo era la solución. Nunca debió de salir de él. Nunca debió abandonar aquella vida que él había considerado no apropiada, y que ahora se le revelaba como la única auténtica. Sus pasos le llevan hasta un banco al lado del andén donde tiene que coger un tren. El, y su equipaje, son lo único que parece existir.



Continúa
4.- Daniel